SEXTO DOMINGO durante el año.
13 de febrero de 2000.
Marcos 1, 40-45

Noticias entrecruzadas. Jesús tiene que salvaguardar los tiempos de su manifestación. Aquel leproso lo conmueve. Su fe es tan simple y auténtica que merece una respuesta inmediata: "*Lo quiero, queda purificado*".[1] No obstante la advertencia severa del Señor, aquel hombre, transformado por el beneficio de la salud, no contiene su entusiasmo y proclama el milagro. En el mundo de las comunicaciones se entrecruzan las noticias, las diversas *proclamaciones* invaden el mercado de las informaciones y no son las mejores noticias las que prevalecen. Es fácilmente comprobable. El depositario de tal avalancha periodística, me refiero al pueblo, queda perplejo, sin datos objetivos que evaluar. Los acontecimientos importantes y trascendentes, en su mayoría, permanecen en la penumbra y son relegados al olvido. En cambio es lo insustancial, lo frívolo, el ocupante del escenario principal. Se crea una enfermiza preferencia por el oropel y el chisme escandaloso que avanza sobre el entendimiento y la sensibilidad de una sociedad que pierde, de esa manera, sus principales valores espirituales y culturales. Jesús encomienda a sus verdaderos testigos la misión de comunicar la Buena Nueva. No puede ser manipulada por quienes persiguen intereses espurios, por quienes descreen de todo y pretenden hacer de los términos

[1] Marcos 1, 41.

de su incredulidad una especie de cruzada sacra. Eso ha ocurrido durante los setenta años de vigencia del sistema marxista; aún perdura la idéntica visión, con postulados sostenedores y generadores de nuevos y antiguos sistemas, igualmente siniestros.

La voz de la Iglesia. La Iglesia ha dejado oír la voz de su magisterio. Se escucha esa voz con satisfacción e interés, por algunos; con preocupación y malestar, por otros. Se la cuestiona pocas veces, pero, por lo general, se la silencia y oculta con una práctica de interpretación que fragmenta su enseñanza, la diluye o menosprecia. Los testigos auténticos deben seguir proponiéndola, infatigablemente. No me refiero únicamente a quienes, por su específica función pastoral, deben hacerlo, si no a todos aquellos que, por exigencia de su vocación bautismal, deben encarnar lo que creen. El Evangelio es presentado auténticamente por el testimonio de quienes lo han aceptado en sus vidas. Me corresponde desempeñar la misión pastoral, principalmente entre los cristianos. Tal responsabilidad me obliga a presentar el contenido íntegro de la fe en el contexto histórico en el que deben vivirla y testimoniarla. Me temo que, en la simple espera de que se arreglen las cosas, mis hermanos olviden el interés y cuidado por los sectores más pobres. Son los que han sufrido las consecuencias más violentas del desacierto y de la irresponsabilidad. Son los más lastimados y pacientes; los primeros olvidados o los atendidos en último término,

quizás con las migajas de un reacomodamiento difícil, poseedor de tan pocos recursos y posibilidades de reactivación. La palabra de la Iglesia, que ha procurado ser clara, firme y moderada, no puede dejar de referirse a quienes siguen aún sumergidos en la pobreza más extrema. En una familia bien constituida todo el esfuerzo se concentra en los más débiles.

Corrientes, una familia. Eso espero de Corrientes, la familia donde se han multiplicado los débiles y los heridos, los jubilados y los marginados sociales, los ancianos y los niños sin enseñanza, los enfermos pobres sin atención debida. Corrientes, familia inexplicablemente dividida y, por lo mismo, necesitada de una profunda y auténtica reconciliación. Todos somos responsables de su interna recomposición; algunos tendrán que aportar un gesto generoso de arrepentimiento y de perdón y, muchos, la mayoría, necesitarán una buena cuota de paciencia y de sabiduría. Quizás Corrientes deba copiar el gesto de aquel enfermo que conmovió al Señor. Quiero acompañar humildemente a ese pueblo, sufrido y creyente, que sabe mirar con absoluta confianza el rostro sereno de su Señor, repitiendo aquella simple oración: "*Si quieres, puedes purificarme*".[2] La respuesta no se hará esperar. Descontando *las ganas de hacer y de ser*, manifestadas por el pueblo en sus momentos más dramáticos, sin ceder al desánimo y a la desilusión, sus mujeres y hombres empeñarán todas sus

[2] Marcos 1, 40.

fuerzas para ser verdaderos artífices y no meros espectadores de su singular historia. Aquel hombre abandonó la sobrestima de su vigor, ahora disminuido por la enfermedad, y pidió humildemente la recuperación de la salud. Su gesto humilde, *se puso de rodillas*, le otorgó la sabiduría para advertir a Quien podía acudir, sin ser defraudado. Y no lo fue.

Querer es poder. Hoy nos ocurre lo mismo. El Señor está entre nosotros, al alcance de nuestra mano. *Él puede y quiere*, falta que queramos nosotros. En ese *querer* nuestro esta depositada la esperanza del Señor; en el *poder* de Dios está depositada la nuestra. En nuestro *querer* comprometido está el secreto del éxito de nuestros proyectos y de todo aquello que implica su cumplimiento. Es dolorosa la disciplina que nos impone el esfuerzo de ordenar nuestra instituciones; quizás sea mayor la requerida para construir el futuro que deseamos. Pero, ¡a no temer!. Es el momento de poner de manifiesto que la fe profesada desde la Iglesia afecta la vida. Desde lo que va del año, y anteriormente, no he dejado de llamar a mis hermanos correntinos a preparar, con esfuerzo superador, el futuro. No queda demasiado tiempo. El paso adelante que la historia nos propone, requiere, de parte de todos, un sano equilibrio entre la prudencia y la osadía, entre la justicia y el perdón, entre la autocrítica personal y la misericordia para quienes se saben arrepentir, entre la contienda legítima y la conciencia de ser hijos de la misma y generosa tierra. El

"*equilibrio de las virtudes"*, precisábamos en reflexiones anteriores. Los dirigentes, sin duda, deben constituir los auténticos modelos de esas virtudes cívicas.

La gracia que potencia. A los dirigentes se los prepara, se reza por ellos, se los ilustra y estimula con la visión de las legítimas exigencias del pueblo. El mensaje evangélico ofrece la posibilidad de mantener fidelidad a la verdad. Lo que se reclama no es imposible, aunque las circunstancias ensombrezcan el panorama. La gracia de la fe asiste y potencia los esfuerzos que ofrecen, los hombres y mujeres de nuestra comunidad, con verdadera generosidad. La palabra de Jesús es anunciada continuamente como expresión de la vigencia de la gracia divina. Es preciso escucharla humildemente.